

ron los dos siguientes entre un paréntesis, haciendo asimismo embarazada la construcción.

V. 6. *Tyrrhenum*... Dábase el nombre de *tirreno* al mar de Etruria ó Toscana, porque á los tuscos ó etruscos, habitantes de este país, los llamaban *tirrenos* los griegos, del nombre del jefe de una colonia de lidios que se estableció en Etruria. El mar *tirreno* ó etrusco era el que bañaba la costa occidental de Italia, hasta las islas de Córcega, Cerdeña y Sicilia, y todavía hoy se llama mar de Toscana.

*Sapias*... Por *si sapias*... Si eres cuerda.

*Vina liques*... Colarás el vino, lo purificarás para beberlo. Esta operación se hacía con mangas ó sacos de lienzo muy tupido, con los cuales decía Plinio que se quitaba la fuerza al vino, y se podía beber mas cantidad. Ciceron habló tambien de esta costumbre, y Plutarco señaló varias de sus particularidades.

De esta pieza, además de la traducción de Villegas, que es bastante regular, hay una que se atribuye á Don Luis de Góngora, y que dice así:

No busques (ó Leucone) con cuidado

Curioso (que saberlo no es posible)

#### ODE XII.

#### AD AUGUSTUM.

Quem virum aut heroa liræ, vel acris

Tibiá sumes celebrare, Clio?

Quem Deum? cujus recinet jocosa

Nomen imago,

El fin que á mí y á tí determinado  
Tiene el supremo Dios incomprendible,  
Ni quieras tantear el estrellado  
Cielo, y contar el número imposible,  
Cual babilonio, mas el pecho fuerte  
Opon discretamente á cualquier suerte.

Ora el Señor del cielo poderoso  
Que vivas otros mil ibiernos quiera,  
Ora en este postrero riguroso  
Se cierre de tu vida la carrera,  
Y en este mar tirreno y espumoso,  
Que agora brava tempestad y fiera  
Quebranta en una y otra roca dura,  
Te dé juntas la muerte y sepultura.

Quita el cuidado que tu vida acorta,  
Con un maduro seso y fuerte pecho,  
No quieras abarcar con vida corta,  
De la esperanza corta largo trecho.  
El tiempo huye, lo que mas te importa,  
Es no poner en duda tu provecho:  
Coge la flor que hoy nace alegre, ufana.  
¿Qué sabes si otra nacerá mañana?

#### ODA XII.

#### A AUGUSTO.

¿Cuál paladin, cuál hombre

Hoy con flauta ó laud cantarás, Clio?

¿Cuál numen, cuyo nombre

Repita el eco, de Helicon umbrío

En el fresco collado,

O sobre el Pindo, ó sobre el Hemo helado?

Aut in umbrosis Heliconis oris, 5  
 Aut super Pindo, gelidove in Hæmo,  
 Unde vocalem temerè insecuta

Orphea silvæ,

Arte maternâ rapidos morantem  
 Fluminum lapsus, celeresque ventos; 10  
 Blandum et auritas fidibus canoris

Ducere quercus?

Quid priùs dicam solitis Parentis  
 Laudibus, qui res hominum ac Deorum,  
 Qui mare et terras, variisque mundum 15

Temperat horis?

Unde nil majus generatur ipso,  
 Nec viget quidquam simile aut secundum:  
 Proximos illi tamen occupavit

Pallas honores. 20

Præliis audax neque te silebo,  
 Liber, et sævis inimica virgo  
 Belluis; nec te, metuende certâ,  
 Phœbe, sagittâ.

Dicam et Alciden, puerosque Leda, 25  
 Hunc equis, illum superare pugnis  
 Nobilem; quorum simul alba nautis  
 Stella refulsit,

Los montes allí un día  
 Corrieron á oír de Orfeo el blando acento;  
 Su dulce melodía  
 Paró el rio fugaz y el raudo viento,  
 Y á la arrobada encina  
 Tras sí arrastró su cítara divina.

¿Qué ensalzará mi verso

Antes que las debidas alabanzas  
 Del Dios del universo?  
 ¿Del que pródigo y sábio, las mudanzas  
 De los tiempos dirige,  
 Y tierra y mar y dioses y hombres rige?

Del árbitro del mundo

No otro sér, otro Dios mayor procede,  
 Semejante ó segundo.  
 En dignidad y gloria le sucede

La alma Palas empero,  
 Y ocupa lejos el lugar primero.

Ni á tí, Baco, en pelea

Ruda atrevido, olvidaré en mi canto;  
 Ni á tí, vírgen febea,

De alimañas á tí terror y espanto;  
 Ni á tí en diestra certera

Vibrando, Apolo, la saeta fiera.

Loaré al claro Alcides

Luego, y de Leda á los gemelos fieles,

Castor insigne en lides,

Y diestro Polux en regir corceles;

Que apenas de su estrella

Al marinero alumbra la luz bella,

Defluit saxis agitatus humor ,  
 Concidunt venti , fugiuntque nubes , 30  
 Et minax , (quòd sic voluere) ponto  
 Unda recumbit.

Romulum post hos priùs , an quietum  
 Pompili regnum memorem ; an superbos  
 Tarquini fasces , dubito , an Catonis 35  
 Nobile lethum.

Regulum et Scauros , animæque magnæ  
 Prodigum Paulum , superante Pœno ,  
 Gratus insigni referam Camenâ ,  
 Fabriciumque. 40

Hunc , et incontis Curium capillis  
 Utilem bello tulit , et Camillum  
 Sæva paupertas , et avitus apto  
 Cum Lare fundus. 45

Crescit occulto velut arbor ævo  
 Fama Marcelli ; micat inter omnes  
 Julium sidus , velut inter ignes  
 Luna minores.

Gentis humanæ pater atque custos ,  
 Orte Saturno , tibi cura magni 50  
 Cæsaris fatis data : tu secundo  
 Cæsare regnes.

Ille , seu Parthos Latio imminentes  
 Egerit justo domitos triumpho ,  
 Sive subjectos Orientis oris 55  
 Seras et Indos ;

De los escollos fluye  
 La riza espuma , y enmudece el viento ,  
 Y la hosca nube huye ,  
 Y calma el ponto su furor violento.  
 ¿Diré á Rómulo osado  
 Luego , ó de Numa el próspero reinado ?  
 ¿Las fasces de Tarquino  
 O de Caton la generosa muerte ?  
 A Regulo divino ,  
 Cantaré grato , á Escauro , á Paulo fuerte ,  
 De su hueste en la huida ,  
 Sacrificando la gloriosa vida ;  
 De heredada alquería  
 Dejando pobres el humilde asilo ,  
 Y lanzándose un dia  
 Fabricio y el intrépido Camilo  
 A la arena guerrera ,  
 Y á Curio el de la intonsa cabellera.  
 Cual el árbol que al cielo  
 Se alza en lento crecer , tal sube y crece  
 La fama de Marcelo ;  
 Y así la estrella Julia resplandece ,  
 Cual entre astros sin cuento ,  
 La luna en el lumbroso firmamento.  
 A tí confía el hado ,  
 O de los hombres padre , hijo de Rea ,  
 De César el cuidado ;  
 Él en el orbe tu segundo sea ,  
 Y ora al Parto insolente ,  
 Que al Lacio amaga , encadenado ostente ;

Te minor latum reget æquus orbem;  
 Tu gravi curru quaties Olympum,  
 Tu parum castis inimica mittes  
 Fulmina lucis. 60

## NOTAS.

*Hymnus de laudibus Deorum atque hominum*, es el título que dan á esta pieza los mas de los manuscritos antiguos; y un himno es efectivamente, de la especie de aquellos que se cantaban en los festines en honor de los dioses y semidioses, y que empezaban siempre por las alabanzas de Júpiter. En otros manuscritos se lee á la cabeza de la composicion *ad Musam*; y este epigrafe parece mucho mas conveniente que el de *ad Augustum*, que sin saberse como, se ha introducido en las ediciones. El poeta, despues de un exordio pomposo, contenido en tres cuartetos, entona las alabanzas de Júpiter y de los mas grandes de sus hijos; canta despues las de algunos héroes romanos, bosquejando sus retratos de una manera rápida, pero vigorosa, y cierra el poema con el elogio de Augusto. Este plan es noble y metódico, y la ejecucion corresponde á la dignidad del argumento. La oda de Fr. Luis de Leon á todos los santos, es una imitacion de esta, pero el docto agustiniano hubiera debido estender la imitacion á la magestad de las cadencias, muy descuidada en su composicion.

He aqui la traduccion del licenciado Bartolomé Martinez, que solo inserto porque es algo menos mala que las demas que hizo.

O Clio, musa mia,  
 ¿A qué varon celebrarás agora  
 Con versos de alegría,

O al sera y al indiano  
 Dome, bajo tu imperio el ancho suelo  
 Rija pio y humano;  
 Mientras tu carro estremeciendo al cielo,  
 Lanzas tú en tus furoros  
 Al bosque impuro rayos vengadores.

Con lira dulce, ó flauta muy sonora,  
 A quien del valle hueco  
 En su alabanza me responda el eco?  
 O ya agora resuene  
 En las umbrosas faldas de Helicon,  
 O ya en el Pindo suene  
 Mi voz á quien la dulce tuya entona,  
 O ya en el Hemo helado,  
 O en el Rodope monte celebrado;  
 De donde se movieron  
 Las selvas á la voz del tracio Orfeo;  
 Los rios detavieron  
 Su curso rapidísimo y rodeo,  
 Y los ligeros vientos  
 Enfrenaron sus varios movimientos.

Y tambien las encinas  
 Sonando el instrumento y voz, mostraron  
 Maneras peregrinas,  
 Porque sus altas cumbres inclinaron,  
 Y con ramos tendidos,  
 Parece que alertaban los oidos.

Pues ¿qué diré primero  
 Que las honras, con mas razon cantadas,  
 Del padre verdadero,  
 Que con prudencia sábia gobernadas  
 Y mando poderoso,  
 Las cosas tiene en orden amoroso;

Y templa el mar y tierra,  
 Y al mundo rige en tiempos diferentes;  
 A donde no se encierra  
 Cosa mayor, ni fuerzas tan potentes?  
 Tras desto la alabanza  
 Palas en trecho muy distante alcanza.

Y no olvidaré agora  
 (O Baco en las batallas animoso)  
 Tu fuerza vencedora,  
 Ni á tí, vírgen de brazo poderoso,  
 Que con flechas ligeras  
 Persigues en los montes á las fieras.

Tampoco callar quiero,  
 (O santo Febo) tu valor temido  
 En el tirar certero.  
 Diré de Alcides el jamás vencido,  
 Y á los hijos de Leda  
 Diré, con tal que tanto decir pueda.

Al uno y otro hermano  
 Castor y Polux, cada cual honrado  
 En arte sobrehumano,  
 El uno diestro en lucha, el otro usado  
 A mil glorias triunfantes,  
 Corriendo los caballos espumantes.

La estrella de los cuales  
 Luego que luce, al navegante alegre,  
 Destierra los mortales  
 Recelos tristes de la muerte negra,  
 Y al piélago revuelto  
 En paz lo deja, y en quietud resuelto.

Pierde su furia el viento,  
 Huyen las nubes su presencia santa,  
 Y el húmido elemento,  
 Que en valientes escollos se quebranta,  
 Muestra con alegría  
 Sus ondas de luciente argentería.

Pensando estoy dudoso,  
 Si tras de aquestos cantaré primero  
 Al bravo y belicoso

Rómulo, ó de Pompilio rey severo,  
 Pacífico y divino,

O el imperio soberbio de Tarquino.

O sí del atrevido

Caton diré la honrosa y dura muerte,

Con pecho agradecido:

Tambien la lastimosa indigna suerte

De Marco Atilio digo,

Que fe guarda y palabra á su enemigo.

Y cantarán mis versos

A los Escauros graves y constantes

En mil casos adversos,

Y al cónsul Paulo en otros semejantes,

El cual con pecho ufano

Dió la vida al furor del africano.

A Fabricio y Camilo,

Y á Curio, de cabellos mal peinados,

Diré en el mismo estilo,

Los cuales fueron en la guerra osados,

Y sin temer bajaça,

Se honraron con el áspera pobreza.

La fama de Marcelo,

Cual árbol en oculto tiempo crece,

Y de Julio en el cielo

La estrella entre las otras resplandece,

Como entre otras estrellas

La clara luna con sus luces bellas.

O hijo omnipotente

Del padre antiguo: ó padre, fiel reparo

De aquesta humana gente,

Tu del gran César tienes el amparo,

Gobierna pues el mundo,

Siendo rey César, y señor segundo.

O ya á los Partos bravos,

Que están á Italia siempre amenazando,

Como á viles esclavos,

Sujete al yugo de su fuerza y mando,

O ya de la india gente,

O de los seras triunfe en el oriente.

Que rigiendo la tierra,  
Será inferior á tí de buena gana,  
Y tú moverás guerra  
Con truenos de potencia soberana,  
Y tú harás castigos,  
Arrojando mil rayos enemigos.

V. 1 y 2. *Lyrá vel acrí tibiá...* Con *pífano* ó *flauta* se acompañaba el canto destinado á las alabanzas de los hombres; con *lira* ó *laud* el de las de los dioses y personages heróicos. La *flauta* pasaba entre los antiguos por menos grave que la *lira*, y sus sonos eran menos suaves ó delicados; y eso significa el epíteto *acrí*, que le da aquí el poeta, y que ni importaba ni convenia traducir, porque espresaba una circunstancia de que nosotros no podemos formar idea, no conociendo bien el modo con que se usaba de aquellos instrumentos.

V. 2. *Clio...* He dicho en otra parte que este era el nombre de la *Musa* encargada de transmitir á la posteridad las grandes acciones, ó como dijo un antiguo poeta, «de volver la vida á lo pasado.» A nadie mas bien que á *Clio* podia pues dirigirse Horacio, cuando se proponia ensalzar á dioses y mortales insignes.

V. 3 y 4. *Jocosa imago...* *Suple vocis*. El eco se llamaba *festiva* ó *jugetona imágen de la voz*, porque en efecto la contrahace ó la remeda. La mitología no podia dejar de dar á esta repetición casi mágica de los sonidos, la forma corpórea que daba á todos los objetos, y convirtió á *Eco* en una ninfa, á quien por una bien óbvia analogía, hizo hija del *Aire* y de la *Tierra*, y supuso condenada á vivir en lugares solitarios. En ellos es donde por efecto de cierta disposición del *aire*, combinado con la configuración del terreno, se hace mas perceptible el *eco*.

V. 5. *Heliconis...* *Helicon*, monte de Beocia, consagrado á Apolo y á las Musas, y célebre por esta razón, y por las virtudes que se atribuían á la fuente llamada *Hipocrene* que por él corría. Díjose que sus aguas inspiraban á los poetas, ya porque nada induce mas á la meditación que la calma augusta de las soledades amenas,

ya porque gustaba de pasearse en sus márgenes un hombre frecuentemente inspirado, aquel Cadmo que introdujo en la Grecia varias de las ciencias y artes de la Fenicia. El *Helicon* termina y cierra casi el golfo de Corinto. Parece que hoy le llaman los naturales *Zágaro-Vouni*.

V. 6. *Pindo...* Era el nombre de un monte, también consagrado á las Musas, ó mas bien el de la cadena de montes que separaban la Macedonia, la Tesalia y el Epiro. Hoy ha mudado su antiguo nombre de *Pindo* en el de *Metrovo*.

*Hæmo...* *Hemo*, monte de la antigua Tracia. La fábula, suponiendo que en su cumbre tenia Marte un palacio, aludió sin duda á lo belicosos que eran los habitantes del país. Este se llama hoy *Romelia*, y la montaña no es menos célebre en nuestros días, bajo su denominación de *Balkan*, que en la Tracia antigua bajo la de *Hemo*.

V. 7. *Vocalem...* Cantor.

*Temere...* De tropel.

V. 8. *Orphea...* Sin haber sido reconocido como dios, fue *Orfeo* venerado en la antigüedad como los moradores del Olimpo. Según la historia, nació en Tracia, un siglo antes de la guerra de Troya, y fue hijo de un rey llamado Eagro, y de madre desconocida. La mitología le hizo hijo de Apolo, dios de la música, y de Caliope, musa de la poesía heróica, sin que la calidad de vírgenes que se reconocía en las musas, impidiese hacer á una de ellas madre del mas ilustre músico y poeta de los tiempos primitivos. La historia dice que *Orfeo* fue uno de los intrépidos marinos que marcharon á la famosa expedición llamada de los Argonautas, y que viajó despues por Egipto, donde se inició en los misterios de Isis y de Osiris, y de donde llevó á su país las creencias de la inmortalidad del alma, de las recompensas y castigos de la otra vida, de la expiación de los crímenes por el arrepentimiento, y otras no menos importantes. Dice asimismo, que elevado al poder por la extensión de sus conocimientos y la escelencia de sus doctrinas, gobernó con admirable equidad á los tracios, á los cuales

dió sabias leyes, y sobre todo un culto religioso, que era entonces, como será siempre, la mas sólida garantía de la duracion de las instituciones civiles. La mitología, apoderándose de estos hechos, supuso que *Orfeo* habia amansado tigres y leones; y leones y tigres eran, en el lenguaje que ella usaba, los feroces habitantes del bárbaro país, conocido entonces con el nombre de Tracia. Arrastrados por la sublime armonía de sus himnos en honor de los dioses, por los acordes acentos de su lira, por la mágica influencia de sus palabras, y por la pureza de sus costumbres, no era extraño que se reuniesen al rededor de él los hombres esparcidos por las selvas, ni que se supusiese por tanto que él arrastraba tras sí las selvas mismas, y que arrebatában á las encinas los sonos de su laud. La historia dice en fin, que habiendo muerto Euridice, esposa de *Orfeo*, pasó este á consultar un oráculo de la Tesprotia, país del antiguo Epiro, célebre entre otras causas por sus famosos rios Aqueron y Cocito, de que ya tendré ocasion de hablar. Hacía parte del ritual que se empleaba para preparar la decision del oráculo, la evocacion de los muertos; y exaltado el consultante por la vehemencia de su deseo y el vigor de su fantasía, creyó ver, durante la ceremonia, la sombra de su llorada consorte. En breve se desvaneció, como era natural, aquella lisonjera ilusion, y *Orfeo*, burlado en la esperanza que demasiado ligeramente concibiera, se retiró á las grutas del Hemo y del Rodope, donde continuó dando lecciones de música y de religion á las pocas personas que tenian noticia de su paradero, y donde murió de una manera desconocida. La mitología, desfigurando segun su costumbre estos acontecimientos, trasformó luego el lugar donde el desconsolado viudo fue á consultar al oráculo, en la region del infierno; y en *Averno* por eso, mudaron despues los latinos el nombre de *Aornos*, que se daba en griego á aquel lugar. De la consulta histórica al oráculo, hizo la mitología una súplica á Pluton para que devolviese al músico poeta su querida mitad. Conocida y generalizada la idea de su superioridad en aquellas artes, no era exagerado suponer que la

dulzura de su voz y la armonía de su lira suspendieron los tormentos de los condenados, y que eternecidas las divinidades infernales accedieron á su ruego, con la sola condicion de que hasta salir de los límites del reino de la muerte, no volvería el esposo los ojos para mirar á su restituída muger. No pudo él sin embargo cumplir la obligacion á que se habia sometido, y Euridice desapareció, sin que los nuevos y poderosos esfuerzos de su esposo bastasen á recobrarla. Añadióse que *Orfeo*, fiel á la consorte que la muerte le arrebatára dos veces, rehusó contraer segundo enlace; y que irritadas por esto contra él las Menades ó Bacantes, le hicieron pedazos en una de sus fiestas, designadas con los nombres de Bacanales, Orgías ó Dionisiacas. Sea lo que fuere del suceso en sí mismo, y de la metamorfosis que le hizo sufrir la mitología, lo que no tiene duda es que la antigüedad reconoció unánimemente á *Orfeo* como guerrero, navegante, músico, poeta, teólogo y legislador; y que en él se reunieron diversas cualidades, de las cuales una sola bastó á veces para convertir en un dios al que la poseia. Sus himnos, aunque inferiores á los de Homero en elegancia, se cantaban, con exclusion de los de este poeta, en todas las ceremonias religiosas, á causa de su uncion y de su popularidad. Sobre ochocientos años despues de estar resonando sus ecos en las bóvedas de los templos, sostuvo Aristóteles, segun nos dejó escrito Ciceron, que *Orfeo* no fué sino un personaje alegórico; pero la opinion del filósofo griego, (que por otra parte no consta sino por una referencia, pues el pasage citado no se halla entre las obras que de él nos quedan) nada prueba contra una tradicion de muchos siglos, apoyada en multitud de testimonios irrecusables. Quizá lo vário y lo incompatible de alguno de los hechos atribuidos al personaje histórico-mitológico, que es objeto de esta nota, indujeron á Aristóteles á dudar de su existencia; pero este argumento se hallará de poco valor, cuando se recuerde lo comun que era atribuir á un solo individuo las acciones y las cualidades de muchos, que ó llevaban el mismo nombre, ó se aplicaban al mismo ejercicio. Así, pudo haber y hubo sin

duda muchos *Orfeos*, como hubo muchos *Mercurios*, *Bacos*, *Venus* y *Hércules*. No debo omitir que el hijo de *Eagro* fué discípulo de *Lino*, y maestro de *Museo*, dos de los mas afamados músicos y poetas de la antigüedad, ni concluir esta nota sin añadir, que los verdaderos *himnos de Orfeo* se perdieron, y que los que hoy corren bajo su nombre fueron escritos muchos siglos despues, asi como el poema de los *Argonautas*, que igualmente se le atribuye.

V. 9. *Arte maternâ*.. El canto, que era el arte ó ejercicio de su madre *Caliopé*.

*Rápidos*... Este epíteto dado á los rios, y el de *celerés* dado á los vientos, tienen un mérito particular, que resulta de la oposicion con la palabra *morantem*, pues era mas esfuerzo parar los rios y los vientos, cuando aquellos eran *rápidos*, y estos *impetuosos*. El elogio del cantor tracio es mas completo por estas calificaciones, sobre las cuales no se fija ordinariamente la atencion.

V. 11. *Auritas*... Yo no he podido espresar mas fuertemente el hipérbole que envuelve este epíteto, que aplicando el de *arrobadas* á las encinas, pues *dotadas de oído* me ha parecido demasiado. Esto en cuanto á la espresion; en cuanto á la idea, diré que algunos calificaron de trivial y pobre la de que las *encinas corriesen* detrás de *Orfeo*, despues de haberse dicho que *corrian las selvas*. No observaron sin embargo los que asi juzgaron el pasage, que el primero de los prodigios que aqui se enumeran, lo obró el músico con el canto (*vocalem insecutâ*), y el segundo con la lira (*ducere fidibus canoris*), y que se puede sin inconveniente decir: «*se atropellaron los montes* al oír su canto; *corrieron tras él los robles* al oír los sonos de su laud.» Para que *Horacio* dijera esto, no era menester sustituir *rupes* á *silva* como lo hicieron algunos editores, sino emplear, como yo lo he hecho para traducir esta última palabra, la de *montes*, que lo mismo designa las alturas compuestas de peñascos, que las pobladas de árboles.

V. 14. *Qui res hominum*... Es imposible hacer en menos palabras una pintura mas magnífica del poder del Dios, que veneró la antigüedad como el árbitro del mun-

do, como el ser á cuyo imperio estaba sujeto cuanto existia en la naturaleza, y aun en las regiones místicas de la muerte. Esplicando en la nota al verso segundo de la oda segunda, lo que significaba la ascendencia que dió á *Júpiter* la mitología, dije que la genealogía que ella le tejió, equivalia casi á declararle *eterno*. *Saturno*, padre de *Júpiter*, no era en efecto un ser humano, sino un emblema de uno de los mas admirables fenómenos de la creacion, y á esta misma categoría pertenecian los padres de *Saturno*, que fueron *Urano* (el Cielo), y *Titea* (la Tierra). El *Cielo* y la *Tierra* fueron, y debieron ser desde luego, objeto de la veneracion de los hombres, pues la *Tierra* proveía á su sustento, y en el *Cielo* resplandecia el sol que los alumbraba; y no por otra razon adoró al sol en *Osiris* la mitología egipcia, como le adoró en *Apolo* la griega, y en *Adad* la siriaca. Esta suponía á su *Adad* casado con la *Tierra*, con la cual presentaba igualmente enlazado á su Dios *Teutates* la teogonia céltica. La griega, proclamando á *Saturno* hijo de *Urano* y de *Titea*, no queria decir sino que «el tiempo nació del *Cielo* y de la *Tierra*»; ó lo que es lo mismo, que apenas hubo una atmósfera en que respirar, y un suelo en que posar el pie, hubo una medida de la duracion de los sucesos que sobre aquel suelo y bajo aquella atmósfera podian ocurrir. Atribuida generalmente á estos objetos la importancia que por su alta y subyugadora naturaleza les correspondia, era consiguiente sancionar por homenajes públicos la admiracion que ellos inspiraban, y dar á estos homenajes un carácter arreglado y permanente por medio de un culto religioso. Para ello tuvieron pues los poetas, primeros instructores del mundo antiguo, que personificar el *Cielo*, la *Tierra*, el *Tiempo*, el *Aire*, el *Sol*, ó lo que es lo mismo, darles una forma humana, pues no de otro modo era fácil ni seguro generalizar la adoracion entre hombres tan incapaces de elevarse á la altura de los fenómenos de la naturaleza, como á la region de las abstracciones. Las influencias del *Cielo*, del *Tiempo* y de la *Tierra* debian producir necesariamente, como ejercidas sobre una vasta esfera, una multitud de combinaciones, de las cuales no se podia



reconocer la convergencia, ni apreciar el conjunto, sino suponiendo la accion de aquellos elementos subordinada á una direccion uniforme; y de aquí la instintiva inspiracion de que debia existir una inteligencia superior, que asi regularizase los movimientos del *Cielo*, como presidiase á la marcha del *Tiempo*, y que fuese por consiguiente el rey de los dioses; pues como dioses estaban ya conocidas y veneradas las personificaciones de la medida de la duracion de las cosas, de la representacion del espacio, y de los influjos atmosféricos. En *Júpiter* mismo, que fue adorado como el dios superior á todos los demas, se personificó tambien el poder, y aludiendo á él los latinos, supusieron derivado su nombre de *juvans pater* (padre que ayuda), como el de Saturno, de *saturetur annis* (que se harta de años), aludiendo á la accion del *Tiempo*. Las genealogías de estos dos dioses no son pues mas que emblemas y alegorías, y solo así podria concebirse que se hubiese hecho un dios omnipotente de un hijo ingrato y rebelde, capaz de lanzar á su padre del Olimpo donde imperaba, y que este padre, arrojado de su morada celeste por cruel y devorador de sus hijos, hubiese despues fundado un reino en el Lacio, y derramado en él tanta abundancia y prosperidad, que todavia se designa aquella época como la *edad de oro*. Alegorías y emblemas hallaria yo igualmente en muchos de los hechos, consignados como reales ó históricos en las teogonias de todos los pueblos, si mi propósito fuese examinarlas; pero emblemas y alegorías señalaré en las antiguas creencias de Grecia y de Roma, á las cuales me obliga á circunscribirme en esta obra mi carácter de comentador de Horacio.

V. 16. *Temperat horis...* Estas *Horas* no eran otra cosa que las *Estaciones*, aunque algunos mitólogos se han esforzado en distinguir unas de otras. La fábula hizo á las *Estaciones* hijas de *Júpiter* y de *Temis*, es decir, del *Poder* y de la *Justicia*, y les dió por atribucion «abrir y cerrar las puertas del Olimpo, formadas de nubes;» lo que no era sino la espresion mitológica del hecho material de que «las *Estaciones* cubren alternativamente y limpian de nubes los espacios etéreos.» En lo antiguo las *Estacio-*

*nes* no fueron mas que tres, sin duda porque en climas como la Grecia, solo en tres periodos del año se hace verdaderamente sensible la variacion de la temperatura. Se supuso que las tres *Estaciones* se repartian el cuidado y la vigilancia sobre los tres periodos, en que para el ejercicio de esta proteccion, se dividió la vida del hombre; y con esto se quiso sin duda significar que cada estacion exige precauciones particulares para la conservacion de la salud. Los nombres de aquellas personificaciones fueron *Eunomia*, *Dice é Irene* (Orden, Justicia y Paz), y con ellos se pretendió verosimilmente indicar, que estas tres virtudes eran tan necesarias para la tranquilidad del alma, como las precauciones contra las influencias meteorológicas para la salud del cuerpo. Por lo demas, la espresion *temperat mundum variis horis* (arregla el mundo con la variedad de las estaciones) es magnífica.

V. 20. *Pallas... Palas ó Minerva*, pues con uno y otro nombre designaban los paganos esta divinidad, es una creacion mitológica, no tan delicada quizá, pero ciertamente mas sublime que la de *Venus*, distando entre sí las dos, cuanto distan la *sabiduria* y la *hermosura*. Las leyendas mitológicas hablan de varias *Minervas*, de las cuales una egipcia, hija del Nilo, y otra lidia, hija de Neptuno y Tritonis, lo cual muestra que el Africa y el Asia dieron á *Minerva* el mas alto origen posible, pues á la egipcia se hizo nacer del rio que fecunda aquella fértil region, á la lidia, del mar que baña sus costas, y á entrambas de lo que mas admiracion y gratitud inspiraba á los habitantes de los dos paises. En cuanto á la principal y mas célebre de las *Minervas* griegas, la mitología la hizo salir del cerebro de *Júpiter*, y jamás se imaginó una alegoría mas elevada ni mas ingeniosa, que la que supuso salida la *sabiduria* del seno de la *inteligencia*. Algunos mitólogos añadieron que *Júpiter* tuvo esta hija en una de sus esposas llamada *Metis* (Prudencia), lo cual equivaldria á decir que la *sabiduria* nació de la *prudencia* y el *poder*, idea luminosa que envuelve casi una definicion. Así, *Minerva* ocupó luego un alto lugar en el Olimpo, y ejerció una autoridad poco inferior á la de su padre, que le con-

fió algunas veces el rayo, símbolo de su poder; por lo cual sin duda dijo Horacio en el pasage que comento, que gozó ella de *honores casi iguales* á los de la divinidad de quien descendia. En las notas á la oda sétima hablé de la contienda que tuvo con Neptuno, sobre cual de los dos daría su nombre á Atenas; y ahora añadiré, que no solo hizo á aquel pueblo el beneficio de enseñarle el cultivo del árbol mas útil, sino que presidió á la construccion de la primera nave que surcó las aguas del mar, y que segun unos, fué la que trasportó á Dánao á la Argólida, y segun otros, la que montaron los Argonautas, que partieron á la conquista del vellocino. *Minerva* enseñó ademas á los hombres el arte de preparar y tejer las lanas, y á las mugeres las labores propias de su sexo, por lo cual fué considerada como el númen de las artes; asi como por la naturaleza de sus vastas atribuciones pacíficas, se la miró no solo como el símbolo de la razon y de la sabiduría, sino como el del gusto. En la primera edad de la vida de los pueblos, no bastaba sin embargo dispensar beneficios, ni se habria acatado á los mas grandes bienhechores del género humano, si á sus virtudes en la paz, no uniesen la pujanza y el denuedo en la guerra. *Minerva* debía pues reunir estas cualidades, y por eso la fábula supuso que del cerebro de Júpiter habia salido armada de morrion y coraza, con lanza en una mano y escudo en la otra. En breve conquistó ella el cognomento de *Palas*, por haber dado la muerte á un gigante de este nombre, de quien, como de las proezas de la diosa en su calidad de guerrera, hablaré en ocasion oportuna. El culto de *Minerva* fué quizá el mas estendido de toda la antigüedad, fuera del de Júpiter, pues se la adoraba en Egipto, Fenicia, Cilicia, Caria, Frigia, en las islas de los mares Egeo, Jónico y Etrusco, en Roma, y sobre todo en Grecia, en donde apenas habia ciudad importante en que no tuviese un templo. De estos el mas afamado, porque ha sobrevivido en parte á las convulsiones de la tierra, á las invasiones de los bárbaros, y á la dominacion musulmana, fué el que los atenienses le erigieron en su ciudadela, y á que dieron el nombre de *Parthenon*, de *Parthenos* (vírgen), porque

de esta cualidad se honraba mucho la diosa. La estatua de ella que adornaba aquel templo, era de oro y de marfil, tenia veintey seis codos de altura, y pasaba por la mejor obra de Fidias. En los templos que los diferentes pueblos de Asia, Africa y Europa levantaron en honor de *Minerva*, se la representó con atributos diferentes, segun que se la veneraba como diosa de la paz, de la guerra, ó de las artes. En esta última cualidad se la representaba cubierta del *peplo*, que era una especie de velo de un tejido finísimo, hecho por sus mismas manos. Entre los monumentos que se le consagraron como divinidad guerrera, el mas célebre en la antigüedad fué el *Paladion*, que era una estatua de la diosa sentada, con la lanza en una mano y el escudo en la otra. Los troyanos conservaban con religioso y patriótico esmero esta alhaja, con cuya posesion creian segura su capital del peligro de ser tomada por enemigos. Imbuidos de esta misma idea los griegos conjurados contra ella, determinaron robar el *Paladion*, lo que en efecto ejecutaron Ulises y Diomedes, facilitando asi la toma y destruccion de la ciudad.

V. 22. *Liber... Baco*, nacido del muslo de Júpiter, como de su cerebro *Minerva*. La fábula supuso que muerta Semele, mientras que estaba en cinta de *Baco*, Júpiter encerró el feto en su muslo, para que cumpliera en él los meses que debia pasar en el seno de su madre. Apenas nacido, fué segun unos autores, entregado á las *Estaciones* para que le criasen, y segun otros, á otras diferentes nodrizas, pues sobre nada varian mas que sobre este punto las leyendas mitológicas. Estas reuniendo, segun su costumbre, en un solo individuo, lo que de muchos del mismo nombre referian las tradiciones populares de diversos paises, hicieron de *Baco*, como de Mercurio, Apolo, y otros igualmente célebres personajes, seres anómalos, dotados de cualidades heterogéneas, y frecuentemente incompatibles. Los mitólogos contaron en efecto muchos *Bacos*, de los cuales uno, hijo de un rey de la India, otro hijo de Ceres, deificado como su madre y su hermana Proserpina, y otro egipcio, y como la *Minerva* allí adorada, hijo del Nilo. De las acciones de estos diferentes